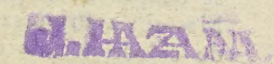


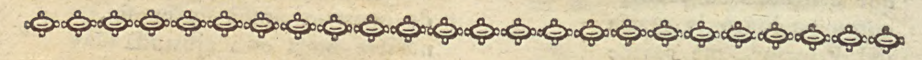
LAS MOCEDADES
DE ENRIQUE QUINTO.

COMEDIA EN TRES ACTOS.



PERSONAS.

Enrique, heredero de Inglaterra.
El Conde de Rechester, su favorito.
Eduardo, page de Enrique.
Copp, Capitan corsario.
Willians, ayuda de cámara de Enrique.
Miladi-Clara, favorita de la Princesa.
Bety, sobrina de Copp.



La Escena en Londres, Capital de Inglaterra. El Acto primero y tercero en el Palacio del Príncipe, y en la casa de Vinos de Copp el segundo.

ACTO PRIMERO.

El Teatro figura una sala de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

Miladi-Clara y el Conde.

Clara. Sí, Conde: nuestra Princesa
os mira como la causa
de la irregular conducta
de su esposo.
Cond. Cosa extraña!
impido yo á su marido
que la quiera?
Clar. No se trata
de que vos se lo impidais
directamente, mas vaya
que vuestro genio satírico,
vuestra favorita maña
de poner siempre en ridículo
á los esposos que aman
á sus mugeres, y en fin,
esos chistes y esas gracias
propias de vuestro carácter,
dan muy suficiente causa
para que todos os miren
como un hombre de extremada
malicia, y muy peligroso.
Cond. Peligroso? amable Clara,
eso es darme vanidad.
Clar. Entendámonos; yo hablaba
en quanto á la sociedad.
Cond. Y bien, porque se acompaña
nuestro Príncipe conmigo,
porque me permite vaya
con su Alteza á todas partes,
donde diversiones halla,

me juzgais cómplice suyo
en sus extravíos? Vaya,
seria cosa graciosa
que yo á su lado tratara
de ser un grave Caton,
y censurar quanto haga.
No Señora, eso queda
para aquellos, que no se hallan
en edad de disfrutar
los placeres; y en venganza
se ocupan en criticarlos.
Mas si la Princesa trata
de culpar nuestra conducta,
no es estraño que lo haga:
es regular que una esposa
que no está muy obsequiada,
se queje de su marido:
Pero vos, amable Clara,
que disfrutais su favor,
como yo logro la gracia
del Príncipe, me parece
teneis experiencia larga
de las cosas de la Corte
para hacerme tan amarga
censura: nuestros papeles
son iguales: no se trata
sino solo de agradar.
Estareis vos (verbi gracia)
de buen humor; y con todo,
si veis triste á vuestra ama,
llorais qual la Magdalena:
yo por mi parte, si se halla
el Príncipe muy alegre,
me rio, sin tener gana,
y parecemos dos locos.
Esto es en buenas palabras
saber fingir, mas no importa:
Todos, si tenemos maña
para no perder el puesto
que tenemos en la gracia
de nuestros amos, dirán
que de esta ficcion se saca
mucho provecho, y que hacemos
perfectamente en usarla.
Clar. Mas con esta diferencia,
que la Princesa mi ama
es sensible, virtuosa,
de los sabios apreciada,
y que el Príncipe es...
Cond. Amable,
generoso, siempre anda
con jóvenes calaberas,
y en esto lleva ventaja
á la Corte de su esposa;
pues ya veis que si se trata
de pluralidad de votos,
mas locos que sabios se hallan.
Pero en fin, dexemos esto,
y hablemos, preciosa Clara,
de nuestros proyectos.
Clar. Cómo... *Riéndose.*
pues que aun tienes esperanzas
amorosas?
Cond. Por qué no?
el lustre de nuestras casas
es igual, lo son los bienes,
ambos tenemos las gracias
de nuestros amos, y en fin,
nuestra boda está ajustada
como por razon de estado,
si exceptuais la viva llama
de amor que en mi pecho encienden
vuestras prendas soberanas.
Clar. Y qué pruebas me habeis dado
de esa pasion extremada
para que la crea yo?
Cond. Como qué pruebas, madama?
pues que es una friolera,
que en medio de la ilustrada
sociedad de este Palacio,
sin reparar en la fama
que tiene vuestra virtud,
sabeis que yo siempre hablaba
de vos con muchos elogios?
Clar. Me elogiasteis?
Cond. A mas pasa
mi fineza: Conocisteis
la Duquesa, esa dama
sentimental y patética?
Clar. Qué la ha sucedido?
Cond. Se halla
inconsolable: he reñido
con ella.
Clar. O! pataratas;
no lo creo.
Cond. Os lo aseguro

por mi honor; ya está acabada
la intriga de esos amores.
Clar. Me hareis creer que no es chanza;
pero cómo os sujetais
á llevar la enorme carga
del yugo del matrimonio?
Qué aventura es la que causa
una determinacion
tan violenta y tan extraña
en vos?
Cond. La necesidad;
mi hermano ha muerto, y la casa
no tiene mas heredero
que yo: ya veis, pues, madama,
que soy el último Conde
de Rochester, y se trata
de que no muera conmigo
mi familia.
Clar. Es acertada
esa determinacion,
pero yo hasta aquí pensaba
que teniais una sobrina.
Cond. Puede, pero no sé nada,
con todo, algunos parientes
debo tener; pues mi hermana,
á quien nunca conocí,
cometió la extravagancia
de casar con un sugeto
que no la igualaba en nada:
A Indias marchó con su esposo,
y luego tuvimos carta
de que los dos habian muerto.
Mi hermano, como se hallaba
el gefe de la familia,
y gobernaba la casa,
no quiso reconocer
el fruto de esta alianza,
que él llamaba extravagante,
porque mi señora hermana
no casó con otro Conde.
Yo hice diligencias varias,
despues de muerto mi hermano,
para saber dónde para
aquesa pobre sobrina,
pero todas fueron vanas,
por lo qual juzgo que ha muerto.
Clar. Si vive, y pobre se halla,
será compasion.
Cond. Es cierto.
Clar. Juzgo, que de buena gana
la vierais á vuestro lado.
Cond. Y si es linda la muchacha
me alegrará mucho mas;
pero de nuestra alianza
hablemos.
Clar. Querido Conde,
sois un loco; pero vaya,
capitulemos los dos:
si usando de la ventaja
que la amistad y el ingenio
os han dado sobre el alma
del Príncipe, conseguís
dexe sus calaberadas
y sus paseos nocturnos,
disfraces y extravagancias;
si conseguís restituirle
á una esposa que le ama,
en ese caso os prometo...
Cond. Yo reformador, madama!
qué dirán los cortesanos!
quereis que exponga mi fama,
por hacer que...
Clar. Yo os conozco,
Señor Conde, y sé que nada
os es imposible: el amo
como á un tierno amigo os trata:
vos sois un hombre instruido:
además teneis la gracia
ó el don de decir verdades,
y verdades muy amargas;
de modo, que aunque se sientan,
se rien como una chanza.
Cond. Oh! no olvideis otra gracia
que tengo.
Clar. Qual es?
Cond. La maña
de hacer que se me destierre
algunas quantas semanas
cada año.
Clar. Y si la muger
que vos pretendeis se allana
á sufrir estos desaires...?
Cond. Vaya, combatís mi alma
de modo, que no es posible
que resista; ya es de Clara
este corazon.

Clar. Ah Conde,
si el corazon igualara
vuestra cabeza..! En fin vamos,
ha de quedar aceptada
mi proposicion, ó no?

Cond. Pues que lo quereis me basta,
qualquier que sea el peligro
que en este negocio haya,
me sacrifico gustoso.
Voy á complacer á Clara,
un Príncipe á corregir,
y que aborrezca sus raras
aventuras y disfraces;
mas ya veis que mi esperanza
será....

Clar. Conseguir mi mano.
A Dios Conde, voy prendada
de vuestra condescendencia,
y comienzo á creer que me ama
vuestro corazon, pues veo
sacrificar en mis aras...

Cond. Nada menos que el furor
de su Alteza, y luego vaya
á decir que yo no sé
quererla bien... *Vase Clara.*

ESCENA II.

El Conde.

Cond. Intrincada
es la empresa. Convencer
á un jóven que libre vaga
por los campos del placer,
y traerle á las estancias
sombrías de la razon:
volver á una esposa el alma
y el corazon de su esposo,
por cierto que es delicada
la comision y aun penosa;
fuera de eso, Enrique ama
demasiado sus placeres
y aventuras, para que haya
esperanza de... con todo,
á la verdad, en sus varias
aventuras solo halla
diversiones... si encontrara
algun peligro... En efecto,
si esto fuese, se lograría
que le causase disgusto,
lo que ahora placer le causa.
Buscaremos este medio;
la accion es de la mas alta
moral, y me costará
perder por ella la gracia
del Príncipe, mis pensiones,
y pasar por... Cosa rara
es el mundo. Yo en mi vida
hice mas que extravagancias
y locuras, y con todo
tengo sentada mi baza
de hombre de bien; y una vez,
una no mas, que se trata
de ser hombre de razon,
me expongo á pasar la plaza
de ridículo: no importa,
sea lo que quiera, mi alma
no abandonará la empresa;
y las locuras que me haga
cometer mi juicio, luego
entre los brazos de Clara,
le toca al amor por fuerza,
pues que son por él, premiarlas.

ESCENA III.

Dicho y Eduardo.

Cond. Ola, mi recomendado
aquí se acerca; qué cara
tan macilenta, Eduardo,
qué tienes?

Eduard. No tengo nada *Suspirando.*
Señor Conde.

Cond. O, suspirito!
para un page es demasiada
melancolía: será
por casualidad, que te hallas
enamorado?

Eduard. Así es;
decidme, no es la desgracia
mayor que puede contarse?
Señor, yo que me preciaba
de insensible; yo que era
vuestro modelo, y que gracias
á ciertas aventurillas,
iba ya cobrando fama

del mayor atolondrado
que hay en la Corte, ahora salga
con enamorarme?
Cond. Hombre!
es posible te propasas
hasta ese punto?
Eduard. Ay, Señor!
si es que de mí no se apiada
vuestro corazon, yo voy
á quedar sin honra y fama;
á combatir con un hombre
el de mas juicio que haya;
el mas fiel, el mas amante,
y...
Cond. El mas enfadoso: vaya
este mal es epidemia,
segun aquí se propaga.
Un Príncipe libertino,
un pagecillo con trazas
de sentimental, y yo
con mis visos de constancia
y cordura, todos tres
pararemos en la casa
de los locos. Vamos, hombre,
sepamos quién es la causa
de esa pasion?
Eduard. Señor Conde...
Cond. Por ventura, alguna dama
de Palacio?
Eduard. No señor.
Cond. Alguna Condesa?
Eduard. Nada:
tampoco es Condesa.
Cond. Acaso
ignoras como se llama
tu querida?
Eduard. No señor:
su nombre es Bety.
Cond. Caramba,
que es un nombre muy ilustre;
y dí; qué florida estancia
es en la que esa deidad
reside, siendo sus gracias
las que en cielo la trasforma?
Se rie el Conde.
Eduard. Mi dama está en una casa...
Señor Conde, no os riais
á mi costa.
Cond. Vaya, vaya,
conozco que amas de veras,
pues que das pruebas tan claras
de ridículo. Acabemos:
vive en Palacio tu dama?
Eduard. No señor.
Cond. Pues donde vive?
Eduard. Su deliciosa morada
es una casa de vinos.
Cond. Ah, Ah, qué locura!
Eduard. Calla,
y qué extraño es que allí viva?
su tio puso la casa
de vinos que hay en el barrio
de Sontivarlz, de gran fama
por el buen licor.
Cond. Su tio,
será un truchimán de marca
de aquellos...
Eduard. No: poco, á poco,
es hombre de muy honrada
conducta: fue capitan
de un corsario: é hizo varias
presas.
Cond. Pero dí, te atreves
á frecuentar esa casa
con tu uniforme?
Eduar. No tal:
sabeis que tengo la gracia
de cantar bien, y además
hablo la lengua italiana:
con que así paso por maestro
de la niña.
Cond. Te disfrazas,
y eres el signor...
Eduard. Georgim,
serbo di lei.
Cond. Es extraña
tu aventura; vive Dios
que tiene todas las trazas
de novela: el tio fue
corsario, y si tu dama
puede ser una Princesa
que robaron los piratas
al otro lado del mar.
Eduard. Señor, dexemos las chanzas
yo no diré que mi dueño
sea Princesa ni Infanta,

pero á veces he pensado,
que es algo mas que... *Indeciso.*

Cond. Calla
que estás loco. El Príncipe aquí
viene, marcha á la antesala,
que otra vez discurrirémos,
sobre si ha de ser tu dama
hija del Emperador
del Mogol.

Eduard. A mí me basta,
y sea lo que se fuese... *V. derecha.*

ESCENA IV.

El Conde.

Cond. Pobre muchacho; se halla
expuesto á sacrificarse
al amor de una intriganta,
que le ha conocido el flaco,
y sabe sacar ventaja
de su inocencia; pues yo
lo he de impedir; á esa casa
iré esta noche, y quizás,
si Enrique me acompaña
puede proporcionarse
mi plan de reforma. Es rara
la idea; pero con todo,
no debo desampararla.
Bueno fuera que lograse
servir á la hermosa Clara,
desengañar á mi Príncipe,
y libertar de una trampa
á su page.

ESCENA V.

Dicho y Enrique.

Enriq. Conde mio,
vamos; están ya trazadas
las lineas, para esta noche?
No has imaginado nada
de nuevo?

Cond. Todo al contrario;
ahora mismo haciendo estaba
las mas serias reflexiones,
sobre mi vida pasada.
Veo voy envejeciendo,
y la misma edad me habla
de reforma.

Enriq. Bello Apóstol!
Me haces reir con esas chanzas
de filósofo; tú finge
lo que quieras; por mas que hagas
ninguno te ha de creer.

Cond. Harán mal: sale de mi alma
esta determinacion,
y quedará comprobada
para todos los ridículos,
mirándola afianzada
con el santo matrimonio.

Enriq. Con que de veras te casas?
y es esa prueba de juicio?

Cond. Si no lo es, al menos se halla
recibida como tal
en el mundo. Ladi-Clara...

Enriq. Consiente en darte la mano?
Una muger de sus gracias,
su carácter y honradez,
quiere ser tu esposa? vaya
si los mayores bribones
han de triunfar de las altas
virtudes.

Cond. Es natural,
por lo mismo que nos faltan,
que las busquemos.

Enriq. Bien dices,
pero mira, si te casas,
yo te haré un epitalamio
burlesco.

Cond. Pues honra tanta
me quiere hacer vuestra Alteza,
puede comenzar; pues se hallan
hechos los preparativos
de mi boda deseada.
A otro dia que me case,
dejo la Corte, las galas,
y los mundanos placeres,
y voy con mi esposa amada
á establecerme en mi quinta;
si acaso para habitarla
me dan licencia mis muchos
acreedores.

Enriq. Qué aun se halla
hipotecada?

Cond. El amor
de las musas que entusiasma,
y hace olvidar los cuidados
terrestres, han sido causa
para que fie mis bienes
á cierta gente honrada,
que de antemano me dieron
los réditos.
Enriq. Esto para,
en que yo habré de pagar
quando te cases tus trampas.
Cond. En verdad, Príncipe mio,
que esa maldita canalla
de usureros os conoce
mas que yo: me dan palabra
de que poseeré mis bienes
quando me case.
Enriq. Descansa
en ese punto, y hablemos
de esta noche: hay que pasarla
en broma, y así decide.
Cond. Pero, Señor, si prepara
vuestra esposa un bayle.
Enriq. Es cierto,
ni siquiera me acordaba.
Cond. Allí verá vuestra Alteza
todas las mejores damas
de la Corte.
Enriq. Sí, y el tédio
con ellas: sabes que mi alma
aborrece la etiqueta,
y que donde placer halla,
allí se fija, y en fin,
que hallo en la vida privada
la debida recompensa
de los disgustos, que pasa
mi corazon en la vida
pública: mira qué mala
y qué fastidiosa noche
en ese bayle me aguarda.
Cond. Es cierto; mas vuestra esposa...
Enriq. Es digna de ser amada:
yo la respeto de veras,
mas su virtud ya es tan rara,
tan austera...
Cond. No sabeis
que me aborrece, y me trata
de cómplice en las locuras
que haceis vos?
Enriq. Calumnia clara:
tú no haces mas que animarme
á hacerlas.
Cond. Yo no pensaba
que así juzgaseis de mí:
cabalmente imaginaba
que fueseis mi defensor,
pero ya perdí...
Enriq. La fama
de hombre de bien, no es verdad?
Cond. Señor...
Enriq. Esto es una chanza,
pero debes confesar,
que en todo el Reyno no se halla
un libertino mas fino.
Cond. Vuestra Alteza se desayra
á sí propio.
Enriq. Malicioso!
Merezco acaso esa amarga
reprension, porque me gusta
correr disfrazado varias
de las concurrencias públicas?
y en fin, qué es lo que se saca
de mis paseos nocturnos,
si no muy ciertas ventajas
para algunos infelices?
Cond. Varias viudas consoladas,
varias huérfanas...
Enriq. Mordaz,
Quién me enseña la inconstancia
sino tú? pero acabemos:
esta noche se declara,
que la tendré que pasar
en el bayle de mi amada
esposa, lleno de tédio;
pero en fin, tú me acompañas,
y rabiarás como yo.
Cond. Un asunto de importancia
me obliga á no acompañaros.
Enriq. Y qué cosas de importancia
tienes tú que hacer? serán
en punto de amores: vaya.
Cond. La cosa es de las mas graves.
Enriq. Sepámosla ya.
Cond. Se trata
de una pasion verdadera.
Enriq. Hombre, una pasion me espanta.

Y eres el héroe?

Cond. Con ser
el confidente me basta.

Enriq. Y dices que la tal niña,
que es de la pasion la causa,
es bellísima en extremo.

Cond. Sí, un ángel en carne humana.

Enriq. Y dónde vive esa niña
tan hermosa?

Cond. En una casa
de vinos, que hay en el barrio
de Sontuark: como la alaban
de tan bella, yo he resuelto
verla, por poder juzgarla.

Enriq. O, yo tambien tengo voto
en punto de buenas caras,
y quiero asistir al juicio.

Cond. Vuestra Alteza no repara
lo que dirá la Princesa?

Enriq. Que soy un loco: ya clama
siempre lo mismo.

Cond. Y si el Rey
supiese...

Enriq. Mas me embaraza
ese cuidado, que el otro;
pero en fin, no temas nada,
pues evitarlo sabremos.

Cond. Y si acaso por desgracia
os sucediese algun lance?

Enriq. A la hora de esta (á Dios gracias)
ninguno me ha sucedido.
En fin, ya está preparada
la aventura: llamaremos
á Willians, porque dé traza
de buscarnos los vestidos.
Willians tiene tanta maña,
que me sirve en quanto quiero.

Cond. Yo le hablaré dos palabras. *Ap.*

ESCENA VI.

Dichos, y Willians.

Will. Señor, qué mandais?

Enriq. Dispon
que á eso de las nueve dadas,
esté mi coche en la plaza
de Palacio: ten buscadas
ropas para disfrazarnos
de marineros...

Will. Pues trata
vuestra Alteza de...

Enriq. Secreto:
y sobre todo, que vaya
bien prevenido el bolsillo;
puede ser que al paso salga
algun pobre...

Will. Está muy bien.

Cond. Yo tengo que hablarte, aguarda..
Aparte á Willians.

Enriq. Silencio, que Ladi-Clara
se acerca.

ESCENA VII.

Dichos, y Ladi-Clara.

Clar. Mi ama me envia
á deciros que os aguarda
esta noche en el festin
que previene.

Enriq. Ah, Ladi-Clara,
que yo no puedo asistir!
En este momento acaban
de traerme ciertos pliegos
de la mayor importancia:
Ayúdame tú... *Ap. al Conde.*

Cond. Su Alteza
siente dejar desayrada
á su esposa; sin embargo,
los asuntos de la Patria
son antes que los placeres.
Toda esta noche la pasa
Aparte con viveza á Clara.
en una casa de vinos.

Enriq. El gabinete de Francia
exige cierta respuesta.

Cond. O! ya mirais que se trata,
no menos, que de la suerte
de una Provincia: (se habla
Aparte á Clara.
de la de una jovencita,
graciosa y de buena cara.)

Enriq. El Conde me ayudará,
pues en tales circunstancias
siempre tomo sus consejos.

Aparte á Willians, que se acerca.

Gran secreto, vigilancia...
y dinero... A Dios Milady;
mi Secretario me aguarda,
y no puedo detenerme.
Rochester, no me acompañas? *Vas.*

Cond. Sí, señor. En esta noche
la leccion, luego mañana
mi destierro; á ocho dias
nos casamos; ó se acaba
la opinion que yo he formado...
de la virtud de las damas... *Vase.*

ESCENA VIII.

Ladi Clara.

Clar. Qué hombre! mas yo le perdono
su poco juicio, si alcanza
á corregir á su Alteza.
Pero si cae en desgracia
por esto... No hay que temer,
Enrique tiene un alma
sumamente generosa,
y al Conde tampoco falta
talento para cubrirse.
Y que esté yo destinada
á servir de recompensa
por esta accion! á mi ama
deberé sacrificarme;
pero al fin, qué no se hallan
en el Conde prendas dignas
de estimarle? Si llegara
á corregirle, qué triunfo
el mio; y pues ya está echada
la suerte, tener paciencia,
y ver lo que me prepara
el destino: mientras tanto,
voy á contar sin tardanza
á la Princesa el asunto
por qué su esposo no se halla
en la funcion, que en verdad
es de muy grave importancia.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa un quarto de una casa de vinos.

ESCENA PRIMERA.

Copp y Bety.

Copp. Cáspita! qué bebedores
son esos dos marineros:
aunque yo soy Capitan
de corsario, y muy experto,
si no tomo providencia
de virar de bordo, creo
que salgo de allí á remolque.

Bety. Tio, yo quisiera verlos.

Copp. No hay para qué: ya tú sabes,
que jamás salir te dexo
á las salas que concurre
la gente.

Bety. Aun siguen bebiendo?

Copp. Y gritando como locos.
Sobre todo, el uno de ellos
combida á quantos ve entrar,
y dice; vamos, que quiero
regalar á mis hermanos.
No, si siempre hace lo mismo
hallará muchos parientes.
Qualquiera se hace al momento
pariente de la familia
del que paga.

Bety. Con efecto,
y vos no los conoceis?

Copp. Lleve el diablo, si me acuerdo
de haberlos visto jamás.

Bety. Serán muy ricos, supuesto
que tanto dinero gastan.

Copp. Como buenos marineros
saben gastar y triunfar.
A su edad yo fuí lo mesmo:
el dia que habia presa
regular, tenia aliento
para llamar á mi mesa
toda una armada.

Bety. Lo creo:
siempre fuisteis generoso,
querido tio.

Copp. Me alegro
de poderlo ser contigo:
Sin vanidad decir puedo,
que eres la mejor muchacha
de Inglaterra, y por lo mesmo

te quiero tanto: al mirarte
me parece que estoy viendo
á mi pobre hermano Juan...
mas vaya no hablemos de esto,
que será como aquel dia;
y luego por mi tormento
esta sensibilidad
maldita... pero tratemos
de otra cosa mas gustosa:
No ha venido tu maestro
de música?

Bety. Hace tres dias,
que no parece, y los mesmos
que tampoco canto yo.

Copp. Quieres decirme con eso,
que no puedes cantar nunca
sino con él.

Bety. Por lo menos
canto mejor á su lado.

Copp. Es gracioso con extremo
tu maestro, y me hace reir
con su italianado acento,
quando dice, Signor Copp,
sono humilissimo servo,
é la patronina é Vela
par che per que... y yo no entiendo
la mitad de lo que dice.

Dentro voces. Ponch, vino.

Copp. Repara aquellos
como dan cuenta de sí.
Ya gastan mucho, y no quiero
que en mi casa así se arruinen:
voy á ver que hacen...

ESCENA II.

Bety.

Bety. Qué bello
carácter! de cada vez
le estimo mas: quánto siento
no venga el Señor Georgini!
Vos teneis, señor maestro,
la culpa de que yo esté
de mal humor; pero creo
que allí viene, así es verdad.

ESCENA III.

Bety, y Eduardo disfrazado.

Bety. Vaya, os portais con efecto!
tres dias sin parecer
por casa! no, pues no es esto
lo tratado.

Eduard. Perdonate,
signorina, que inquesto tempo
é sufrido molto.

Bety. Cómo?
es que estuvisteis emfermo?

Eduard. O, sí, mala malatía
fue la pena de no veros.

Bety. Tambien yo estuve rabiando
porque no veniais; yo creo,
que adelantaremos poco
con estas faltas.

Eduard. Protesto
ser puntual.

Bety. No me traeis
aquella cancion?

Eduard. Y espero
que soto voce despues,
al piano la cantaremos.

Bety. Bien; pero no me mireis
como acostumbrais; me quedo
cortada, y no sé cantar.

Eduard. Signora, non habete miedo.

Bety. Sí, miedo, de no agradaros.

Eduard. Amable inocencia! debo
sujetar la pasion mia,
y tratarla con respeto.

ESCENA IV.

Dichos y Copp.

Copp. O, que tenemos aquí
al Señor Georgini.

Eduard. Servo
humilíssimo.

Copp. Querido
Bety, se enfadaba, viendo
que no veniais: cuidado,
sed puntual, porque no es bueno
enojar á sus discípulos.

Eduard. Yo non veniri piu presto,
perché... perché...

Copp. Porque eres
un tonto, y un majadero,
en no ver mas amenudo
á tus amigos.

Bety. Se fueron
esos hombres?
Copp. Ni un cañon
los hace dexar el puesto.
Eduard. Avete gente; yo parto
signor.
Copp. No signor, quiero
que tomeis el Te con Bety,
A Eduardo.
y conmigo.
Bety. Lo celebro.
Vos me ayudareis á hacerle
si gustais.
Copp. Añadiremos
alguna fruta, y botellas
de España: esos Marineros
nos han de hacer compañía:
tienen un formal empeño
en brindar con un valiente
como yo: ya ves que tengo,
como por razon de estado,
que aceptarlo, pues no debo
reusar medir el vaso
con ninguno.
Bety. Pero siento
que los tengais á la mesa.
Copp. No temas: son en extremo
amables, y bien criados:
dicen que en la mesa haremos
nuestra cuenta, y he querido
complacerles; fuera de esto,
me valdré de esta ocasion,
para despedir el resto
de borrachos que allí quedan.
Aguárdate, que allí veo
uno de los convidados;
recíbele tú, é iremos *A Eduardo.*
nosotros á prevenir
la colacion.

ESCENA V.

Eduardo.

Eduard. Esto es bueno:
en el Palacio soy page,
aquí me dan el empleo
de Maestro de Ceremonias.
Mas no es el Conde el que veo?
cómo en tal trage..?

ESCENA VI.

Eduardo y el Conde.

Cond. La bulla
de esos locos, como un Templo
me ha dexado la cabeza.
Pero ola, el Señor Maestro
viene á seguir sus lecciones?
Eduard. Sí, signor Comte.
Cond. Silencio:
no soy Conde en esta casa.
Eduard. Cómo?
Cond. Me llamo Guillermo,
y su Alteza tiene el nombre
de Jayme.
Eduard. Pues cómo es esto?
su Alteza viene con vos?
Ah, sin duda el rostro bello
de Bety..!
Cond. Signor Georgini,
calla, no tengamos celos;
nosotros aquí venimos
tan solo con un obgeto
inocente.
Eduard. Cómo! Enrique
y el Conde de marineros
se visten, para venir
á ver á una niña, y luego
dicen que es con inocencia?
Cond. La prueba que darte puedo
es que te quedes aquí:
(este para mis intentos
puede servir) sobre todo,
no seas tan indiscreto
que nos descubras.
Eduard. Muy bien:
pero, Señor, yo recelo
que su Alteza me conozca.
Cond. Como hace tan poco tiempo
que le sirves, no es muy fácil:
tres ó quatro veces creo
que te ha visto, y además,
este vestido, tu acento
italiano, y sobre todo
cómo ha de pensar, que dentro
de esta casa está su page?
cuidado con el secreto,

pues si descubrieses algo...
Eduard. O, no temais: por mi mesmo
tengo interes en callar
quienes somos.
Cond. Te prevengo,
que por mas que sea el peligro
en que aquí mireis expuesto
á su Alteza, no le des
favor por ningun pretexto.
Trátale del mismo modo
que si fuese un marinero,
como su disfraz presenta.
Eduard. Vuestros designios no entiendo;
sin embargo, si su Alteza
se hallase en qualquiera riesgo,
no pudiera obedecer
vuestra órden.
Cond. Ese celo,
por tu Príncipe es laudable;
pero todos mis proyectos
son una burla, y no mas;
yo velaré por mí mesmo
para que su Alteza esté
seguro; y en fin te advierto,
que en todo este plan que miras,
las órdenes obedezco
de su esposa.
Eduard. De ese modo
no hay que replicar.
Cond. Silencio:
que aquí se acerca su Alteza,
volvamos al fingimiento,
y hacer bien nuestros papeles.

ESCENA VII.

Dichos y enrique.

Enriq. Y bien, amigo Guillelmo,
quándo vemos á esa niña?
Eduard. Véase aquí el objeto
inocente de venir
á visitarlos.
Cond. Callemos: *Ap.*
Camarada, aqueste jóven *Alto.*
es su amante, y es su maestro
de música.
Eduard. Sí señore,
yo sono así perque enseño
á cantar.
Enriq. O, sete músico? *Remedándole.*
Conde, su rostro es el mesmo
que el de mi page Eduardo.

Todo lo que sigue en tono baxo, y separados de Enrique.

Eduard. Mi semblante hizo el efecto
que esperaba.
Cond. Se asemeja
un poco: pero es diverso
el ayre.
Enriq. Y algo mas alto
es Eduardo.
Cond. Y tiene el pelo
mas obscuro... con qué vaya,
os divertís?
Enriq. Te protesto
que nunca me he divertido
mas á mi gusto. Te advierto
me acuerdes ese Oficial
retirado, que allá dentro
ha venido con nosotros.
Cond. Está muy bien.
Enriq. Por su aspecto
me parece un hombre honrado.
Cond. No hay un pícaro mas diestro *Ap.*
en todo Londres.
Enriq. Si vieras
y qué abrazo tan estrecho
me dió, quando yo le dixe
que quizás vendria tiempo
en que le sirviera de algo.
Cond. Aprovechó aquel momento *Ap.*
para robarle el bolsillo.
Enriq. Dice que aun está muy bueno
para servir, y que un gefe
lo retiró: no, yo quiero
que mañana en el despacho
me lo acuerdes.
Cond. Ya yo tengo
notado el nombre en mi libro
de memorias; pero creo
que debeis desconfiar
de lo que en aquestos puestos
se dice.
Enriq. Todo al contrario:

aquí hay pocos fingimientos:
los hombres no disimulan
sus caracteres y genios,
sino solo quando hablan
con nosotros, que nos vemos
constituidos en grandeza.
Aquel que se queja en medio
de sus iguales, y estando
entre el placer y el estruendo
de la mesa, creerle:
por fuerza es muy verdadero
el motivo de la queja
que manifiesta su acento.
Ah! si yo pudiera ver
unidos así los miembros
de toda la gran familia
que en adelante mi cetro
ha de gobernar: pudiera
de una ojeada, en un momento,
ver todo el mal que debiera
evitar, y el bien que puedo
hacer.
Cond. Ah, qué corazon
tan generoso es el vuestro!
Enriq. Todos esos marineros,
baxo aquel ayre grosero
de franqueza, siempre ocultan
unos corazones buenos
y sencillos: si tú vieras
con quánto gusto presencio
su polpular alegría:
O quán delicioso es esto
de ser amado!
Cond. Ya viene
aquí el Capitan.
Enriq. Silencio.

ESCENA VIII.

Dichos, Bety y Copp que traen la mesa.

Copp. Ponla aquí.
Enriq. Gracioso rostro. *Ap. al Conde.*
Eduard. Qué dices?
Cond. Que es en extremo
graciosa tu dama.
Eduard. Ya.
Enriq. Queridita, no podemos
hablaros?
Bety. Por qué no? *Pone la mesa.*
en mi vida yo me niego
á hablar á nadie.
Enriq. Divierte
á ese maestro, que le veo
enojado, porque yo *Al Conde.*
miro á la niña.
Cond. Ya entiendo:
escucha... su Alteza dice *Le aparta.*
que estás triste, y por lo mesmo
quiere que yo te divierta.
Eduard. Para hablar al mismo tiempo
con Bety.
Cond. No seas tonto,
qué importa que la hable?
Eduad. Es cierto.
Bety. No os molesteis: es Georgini
A Enrique que la quiere ayudar á preparar el Te.
quien me ha de ayudar.
Cond. Por ahora, aquí tenemos
que hablar sobre ciertas obras
de música.
Eduard. Hay un infierno
semejante!
Bety. Ea soltadme
la mano.
Enriq. Si es un modelo
de belleza.
Bety. Muchas gracias.
Enriq. La verdad, quántos sugetos
la piden?
Bety. No tengo novios.
Enriq. Disimulais?
Bety. No por cierto.
Enriq. Y ese jóven italiano?
Bety. Quién? Georgini? es mi maestro
de música.
Enriq. Y jamás dice
que os adora?
Criado con los platos y cinco vasos.
Bety. Nada menos:
lo que dice es que le gusta
mirarme, que le parezco
muy hermosa, que si canto
siente palpitar su pecho:
pero él es muy prudente

para hablar de amor.
Enriq. Qué ingenio,
Quiere abrazarla, ella lo rehusa, y Eduardo se desespera.
que sencillo corazon!
Cond. Gracioso quadro!
Enriq. Permite
que te abrace
Bety. Estaos quedo:
Georgini.

ESCENA IX.

Dichos y Copp.

Copp. Por qué das voces?
Bety. Este Señor Marinero,
que quiere darme un abrazo
á mi pesar.
Copp. Cómo es eso?
en casa de Copp, jamás
se ha de faltar al respeto,
Criado con el Ponch.
que es debido.
Enriq. No juzgué,
que mi tributo ofreciendo
á la belleza, pudiera...
Copp. Ah, si es tributo, va bueno,
pero mil demonios lleven
á quien juzgue...
Eduard. Non é certo,
Signor Copp, que non le piace
que den á la bella amplexos?
Copp. A menos que ella consienta;
pero por fuerza...
Cond. Dexemos *Música.*
esa cuestion.
Copp. Por dexada.
Es fuerza disimulemos
alguna cosa á la edad:
yo tambien allá en mis tiempos,
en mirando una muchacha...
Vaya, la hoja doblemos.
Bety, sírvenos, el Té,
y el Ponch.
Enriq. Yo le prefiero
al Té: viva la alegría:
Capitan, sois un sugeto
bizarro; venga esa mano;
ya vereis que yo me precio
de bebedor, y soy digno
de brindar con vos.
Copp. Convengo
en que brindemos, por mí,
soy sumamente modesto,
y brindo con todo el mundo;
se entiende, si el vino es bueno.
Música pta.
Enriq. Sea por la amable Bety.
Copp. O, por ella un vaso entero;
si vieseis quanto la amo!
Bety. Querido tio..!
Copp. Mudemos
de conversacion, sino
ya vereis que me enternezco,
y me tengo que marchar.
Cond. La quereis con mucho extremo?
Copp. Mas que si fuese hija mia.
Enriq. Es bellísima en efecto,
y mi admiracion... *Se levanta.*
Copp. Despacio:
admiradla desde lejos.
Camaradas, la cancion
de mesa; yo quando bebo
siempre canto.
Bety. Pero tio?
quereis ahora que cantemos
aquella cancion tan fea?
Copp. Cómo fea? Yo me acuerdo
la cantaba quando era
corsario, y además de eso,
si no sé otra.
Bety. Pero...
Copp. Vaya,
si no quieres que cantemos,
canta tú sola.
Enriq. Es verdad,
con eso disfrutaremos
de su voz angelical. *Música.*
Copp. Y no sabes algo nuevo?
Eduard. Sí, yo traygo á la Signora
una cabatina il metro,
del Comte de Rochester.
Copp. Pues ya no puede ser bueno;
Rochester! si el demonio
se lo llevara! con eso

el mundo se quedaria
con un pícaro de menos.
Enriq. Y que teneis mil razones.
Cond. Pero decid, que os ha hecho
Rochester?
Copp. Y por qué quieres
que te cuente mis secretos?
Rochester! solo el nombrarle
me lleva el diablo.
Bety. Os recuerdo,
que me disteis la palabra
de olvidarle.
Cond. Yo deseo
saber quáles relaciones
hay entre los dos.
Enriq. Lo mesmo
quiero yo.
Copp. Ah, ah, ah, lo quieres. *Rie.*
Enriq. Digo, porque me interesa.
Copp. O! si; el marinero Jayme
nos hace el honor extremo
de interesarse en mis cosas.
Enriq. No me entendeis: yo aborrezco
á Rochester, como vos:
es un libertino.
Copp. Y luego,
con un corazon mas duro
que una peña.
Eduard. Ma su ingenio
é repetable.
Copp. Yo, á él
y á su ingenio desprecio.
Decidme, pues, no es vergüenza
que consienta...
Bety. Tio, veo
que vais á contar...
Copp. Qué importa!
ni tú ni yo no tenemos
que temer.
Cond. Pero es culpable
Rochester?
Copp. Eso está bueno.
Sí, Señor, y muy culpable.
Pues como iba diciendo,
no es una mala vergüenza,
que dexe que esté viviendo
en una casa de vinos
su sobrina, que lo menos
debiera estar en Palacio?
Eduard. Qué dicę, Signor..?
Con violencia.
Enriq. Qué encuentro!
Cond. Con qué Bety es su sobrina?
Eduard. O Dió, quanto celebro
tal nueva...
Copp. Pues qué te importa?
Eduard. Ma con un tio tan bueno
la signorina podrá...
Copp. Valiente negocio haremos:
si no tuviese sino á él,
para dotarla, yo creo,
que moriria soltera.
Cond. Pero, Señor, yo no entiendo
como puede ser....
Copp. Qué diablos!
poco hay que entender en esto.
Mi hermano Juan Morwray,
á quien Dios tenga en el cielo,
era Oficial de la armada
del Rey; casó de secreto
con la hermana de Rochester.
Cond. Juan de Morwray! en efecto,
así se llamaba.
Enriq. En fin,
vuestro hermano...
Copp. Fue un sugeto
muy estimado de todos;
valia con quinto y tercio
mas que yo; pues que yo fuí
siempre un perdulario, un necio,
que jamás quise aprender:
me embarcaron de pequeño
en un navío mercante
en clase de marinero.
Desde allí pasé á Piloto,
y para mi último ascenso
fui Capitan de un corsario.
Hice mis viages, y luego
volví á Londres, cabalmente
quando se estaba muriendo
mi pobre hermano. Ahora mismo
me parece que lo veo
vestido con su uniforme.
Hermano (me dixo) creo
que acabé de navegar.
A mi hija te encomiendo,

supuesto que la familia
de su madre, no hay remedio
de reconocerla: así
cuida de ella, y no pensemos
en importunarlos mas
á esos señores soberbios.
Yo respondí: dices bien,
y lleve el diablo si llego
á mentar esa familia
para nada; ve contento
al otro mundo, y así
lo hizo él.

Enriq. Vamos Guillermo,
qué dices de esta historieta?

Cond. Que me enternece en efecto.

Copp. Bravo milagro: jamás
la he contado sin que luego
no se me salten las lágrimas.

Enriq. Vos cuidasteis con esmero
de la amable Bety?

Copp. Y tanto
que ponderarlo no puedo.
Si la hubieseis visto entonces!
tenia quatro años y medio,
y parecia un querubin:
Ahora ya la veis, se ha hecho
una dama.

Eduard. El signor tio
la ha tenido los maestros
necesarios.

Copp. Hice bien;
porque el tio sea un necio
no se sigue que ella sea
una tonta.

Enriq. Con efecto,
y por ella renunciasteis
á vuestra carrera.

Copp. Es cierto,
cómo habia de llevar
una niña á bordo? Luego
vendí mi buque, y compré
esta casa, donde he puesto
este comercio de vinos;
aquí vienen mil sugetos
de buen humor; beben, rien,
fuman conmigo, y tenemos
los ratos mas divertidos.

Enriq. Pero al menos la ambicion
os deberia empeñar...

Copp. Ambicion yo? Vaya, veo
que me conoceis muy poco;
sí de lo que yo me precio
es de no ver á esos Lores.
La única ambicion que tengo,
es ver casada á mi Bety
con un mercader, de aquellos
honrados! darla de dote
seis mil esterlinas, y eso
las tendrá, pese á los diablos,
ó pierdo el nombre que tengo.

Cond. Pero antes, bueno seria
presentaros por lo menos
á Rochester.

Eduard. Dice bene:
el il Comte, subito luego
la buscaria un marito.

Bety. Muchas gracias, Señor Maestro:
no pedimos vuestro voto: *Resentida.*

Copp. Ya he dicho que yo no quiero
oir hablar del Conde.

Enriq. Bien.

Copp. En el alma le aborrezco.

Enriq. Mas ya que no fuese á él,
ved á Enrique: todo el pueblo
le pinta tan bondadoso...

Copp. Sé que dicen mil portentos
de su Alteza, pero yo
digo, como aquel proverbio,
quien con lobos anda: En fin,
yo apostaria el pescuezo
á que Enrique vale tanto
como su amigo.

Enriq. Es muy bello
mi elogio.

Cond. Es un libertino,
y van como compañeros
por la noche disfrazados.

Enriq. Camarada, no tratemos
de comparar uno á otro:
si Rochester fuera bueno,
el Príncipe lo seria.

Copp. Dices bien; pero yo creo,
que si Enrique se apartase
de su amigo, con el tiempo
seria un hombre de razon.

Enriq. Puede que suceda eso

algun dia.
Copp. Camaradas,
ya es hora de recogernos.
Cond. En eso estaba pensando...
Aparte á Eduardo, y vase con él.
sígueme, que hablarte tengo.
Copp. Ya ajusté la cuentecilla
del gasto que me habeis hecho,
y es diez y nueve guineas.
Enriq. Friolera.
Copp. O, Caballèro!
llamais una friolera
esa suma? A lo que veo
no te cuesta gran trabajo
el ganarlo: que, se ha hecho
alguna presa estos dias,
y anda el dinerillo fresco?
ó te lo envió tu padre?
Enriq. Sí, mi padre: da, Guillermo,
esa cuenta, y vámonos,
que es tarde... pero qué es esto?
Dónde fue mi camarada?
Bety. Le vi salir con mi Maestro;
pero él viene allí.
Sale Eduard. Ya estoy
instruido del proyecto, *Ap.*
Enriq. Dónde está mi camarada?
Eduard. Dice votro compañero,
che á un negocio, ma que voy
pagarete.
Enriq. Ya comprendo:
se quiere vengar de mí
por el mal rato que le hecho
pasar: Lo malo es ahora
si á mi Palacio no acierto.
Copp. Camarada, ya es muy tarde;
con que pagar, y acabemos.
Enriqr Son diez y nueve guineas,
las que yo pagaros debo. *Buscando.*
Copp. Sí, diez y nueve guineas,
pero parece que os veo
confuso.
Enriq. Es una aventura
singular; mas yo estoy cierto
que traía mi bolsillo.
Copp. Os lo dexasteis?
Enriq. No es eso:
yo sé bien que le traía
conmigo: Vaya, aquí dentro
me lo robaron.
Copp. Querido,
mirad lo que estais diciendo,
yo no recibo en mi casa
sino es honrados sugetos.
Enriq. Pues uno de esos honrados
me lo quitó: quizá el mesmo
que me hablaba, de que estaba
agraviado, y...
Copp. Acabemos:
Juzgais soy un inocente,
y sin mas ni mas, me dexo
engañar? pues no señor:
se marcha su compañero,
y dice que lo han robado:
vaya, venga mi dinero.
Enriq. Ese maldito Rochester, *Ap.*
que me dexó al peor tiempo.
Si me quereis aguardar
hasta mañana, os ofrezco
doble de lo que pedís.
Copp. Qué es doble? soy usurero
por ventura? Yo no pido
sino lo que es mio, y eso
se me ha de dar. Además,
yo no os conozco, y no puedo
fiaros.
Enriq. Pues soy en Londres
bien conocido.
Copp. Eso niego,
yo he preguntado esta noche
á diversos marineros,
y no hay uno que os conozca.
Enriq. Consiste en que ha poco tiempo
que estoy en la armada.
Copp. Y bien,
á qué bordo de los nuestros
perteneces?
Enriq. A... qué diablos
le diré?
Bety. Se halla suspenso.
Eduard. Non sa parlare.
Copp. Parece
que no venís muy impuesto
del nombre de vuestro buque.
Este es un bribonzuelo: *A Bety.*
vaya amiguito, entre tanto

que os acordais, os prevengo
que no saldreis de mi casa.
Enriq. Pero Monsieur Copp.
Copp. Muy bueno:
Monsieur, y quantas tú quieras,
pero no saldreis, á menos
que me pagueis.
Bety. Pero, tio,
fiadle... jamás me acuerdo
de haberos visto tan cruel.
Copp. Calla, boba: yo me entiendo.
No ves que este es un bribon,
petardista y embustero?
Enriq. Valiente elogio me hace.
Copp. Crees que sin mas ni menos
se viene á una casa honrada
á beber como un tudesco,
gritar como condenado,
y no pagar? no por cierto,
que Londres tiene Justicia.
Enriq. Qué felicidad! conservo
el relox: bien, Señor Copp,
pues que me hallo sin dinero
supla mi relox: mañana
vendrán por él, y el sugeto
que os le pida, os pagará
todo el gasto que hemos hecho.
Copp. Veamos si es suficiente. *Mirándole.*
Enriq. Cómo suficiente? creo
que vale dos veces mas.
Bety. Qué diamantes!
Copp. Sí, muy bellos:
no te dixe que es un pícaro?
Bety. A la verdad, que comienzo
á pensarlo.
Enriq. Con qué en fin
por ahora estais satisfecho
en que cubre vuestra cuenta?
Copp. Mucho hay que decir en eso:
Si los diamantes son falsos,
vale poco, si son buenos,
vale demasiado, y...
Enriq. Qué?
Copp. Que alhaja de tanto precio,
solo un pícaro ó un Lord
la tiene.
Enriq. No soy Lord... pero...
Copp. Pero yo que soy honrado
quiero saber por extenso
cómo ha venido esta alhaja
á vuestro poder.
Enriq. Protesto
que siempre fue mia.
Copp. No.
Muy bien puede un marinero
tener algunas monedas;
mas cosa de tanto precio,
á menos de ser robada
no la tiene.
Enriq. Pues supuesto
que pensais de esa manera,
volvédmela, y acabemos,
que ya...
Copp. Ola! alzais el gallo.
Enriq. No me insulteis.
Copp. Quedo, quedo,
que yo llamaré á la guardia.
Enr. A qué peligro me he expuesto! *Ap.*
si descubriesen quien soy.
Copp. Como se ve descubierto,
apenas acierta á hablar.
Marchemos: Señor Marinero,
Vase Bety y Eduardo.
pronto vuelvo á visitaros;
pero entre tanto deseo
que no os aparteis de aquí,
y por mí mismo os encierro.

ESCENA X.

Enrique.

Enriq. Quita la llave, y me dexa
encerrado... á quánto riesgo
me expone mi indiscrecion!
Ah Rochester! te prometo,
que te acordarás de mí;
sin duda el resentimiento
de mis chanzas, le obligó
á dexarme solo. Pero
este Capitan parece
hombre de bien y sincero:
mas si acaso es al contrario,
y fuese él uno de aquellos
partidarios... Si tal vez
me conoció... Todo esto

es muy posible suceda,
y mucho mas en un tiempo
de guerra civil... despues
la noche; verme aquí dentro
sin armas; quán imprudente
he sido! pues comprometo
de una vez la vida mia.
Yo no sé si en tal aprieto
me resuelva á declararme
á Copp... si fuese un sugeto
de providad, qual parece,
era acertado consejo:
Pero me querrá creer?
Y si no guarda secreto,
y mañana á quantos vengan
á beber lo va diciendo?
Quál se burlarian de mí
en la Corte! mas yo quiero
aguardar el resultado
de este aparato funesto:
y si otro remedio no hallo,
decir quien soy... pero creo
que abren la puerta.
Dentro Bety. Cuidado
no quiera escaparse.
Enriq. Creo
que me ponen centinelas.

ESCENA XI.

Dicho, Bety y Eduardo.

Enriq. Bety, decidme que es esto?
Si me juzga como un hombre
sospechoso.
Bety. Fuera eso
haceros mucho favor:
el relox es nada menos
que de su Alteza.
Enriq. Ay, Dios mio!
se sabe ya...
Bety. Ya tenemos
las noticias suficientes.
Pues como es vecino nuestro
el Reloxero de cámara,
fue mi tio, y al momento
ha conocido el relox.
Enriq. Ay Dios! Ya estoy descubierto.
Bety. Ola, os confesais culpable?
Eduard. Signor, tuto fu descoperto.
Enriq. Si sabe el Rey...
Bety. Lo sabrá
el Rey,
la Reyna, y todo el pueblo,
pues mi tio fue á buscar
el Juez.
Enriq. O sagrados Cielos!
adónde me ocultaré?
Bety. Mirad como se halla inquieto.
Enriq. Amigos mios, libradme,
libradme, que yo os prometo
las mayores recompensas:
Válgame Dios, que no tengo
nada para sobornarlos;
pero sí tal, aun conservo
mi anillo, Señor Georgini
tomad.
Bety. Nada menos que eso,
pues tambien será robado
como el relox.
Eduard. Mas yo quiero
darle con él su horolagio *Le toma.*
al Yudice.
Enriq. Ved, que tengo
mucho interés en que aquí
no me encuentren.
Bety. Yo lo creo:
malo es que haya en las familias
un hombre de pensamientos
tan ruines, porque quién sabe
si sus parientes son buenos
y honrados.
Enriq. Amable Bety,
libértame.
Bety. Me da miedo:
parece ha perdido el juicio.
Enriq. No Bety; no tengais miedo:
creed que soy hombre de bien;
libertadme, y os ofrezco
sereis dama de su Alteza
la Princesa: además de eso,
un dote.
Bety. Vaya, está loco.
Eduard. Ya es demasiado; tratemos
de consolarle. Signora,
de un pobero prigionero

voz debete haber pietá.
Bety. Por mí que se vaya... pero cómo ha ser?
Eduard. La fenestra no es muy alta.
Bety. Así es cierto.
Enriq. Ay amable criatura!
Bety. No me abraceis.
Eduard. Pase esto, aunque con disgusto mio: Signor Subito que il tempo é precioso.
Enriq. Bien decís.
Bety. Que bajeis con mucho tiento, no os caygais.
Enriq. No, no, mi faja me ataré, no tengais miedo, y ayudadme.
Bety. Pero antes os quiero dar un consejo. Ya veis lo que hago por vos; mas sabed que no consiento en que huyais por la ventana, como no me deis primero palabra que mudareis de conducta.
Enriq. Yo os lo ofrezco.
Bety. No volvais nunca á robar, porque sobre ser muy feo, parareis en una cárcel, y desde allí, qué sabemos adonde ireis.
Enriq. Bien decís; apenas contener puedo la risa... *Baxa por la ventana.*
Bety. Vaya, id con Dios.
Eduard. Subidto, Signor: yo siento li soldati.
Bety. Estais abajo?
Enriq. Sí, ya estoy sin ningun riesgo: quedad con Dios, mis amigos.
Eduard. Que le patrocine el Cielo. *Ap.*
Bety. Y ahora al tio qué diremos?
Eduard. Qualque cosa.
Bety. Yo no sé mentir, y así...
Eduard. Ma á lo meno saberete repetir la que yo dica.
Bety. Ya creo que vienen.
Eduard. A la fenestra á llamar con tuto ilpeto al latro, al latro, dicete.
Bety. Al ladron.

ESCENA XII.

Dichos y Copp.

Copp. Qué ha sido esto?
Eduard. Que il latro...
Copp. A Dios, se marchó por la ventana.
Bety. Así es cierto.
Copp. Qué hicisteis que no cuidasteis?
Eduard. Abeba pistola, é luego minaceyo á la Signorina.
Copp. Pícaro, en su seguimiento iré yo con los soldados: no dudeis le alcanzaremos. *Vase.*
Bety. No lo quiera Dios. *Vase.*
Eduard. Y ahora solo falta ver si llego á Palacio antes, que mi amo, no sea que me eche menos.

ACTO TERCERO.

El Salon del primer Acto.

ESCENA PRIMERA.

Sale Eduardo con su uniforme de page.

Eduard. El Príncipe no ha venido: me alegro de que así sea, pues hoy me toca la guardia, y en viéndome quando venga, nada podrá sospechar. Y en verdad, que ya su Alteza tarda mucho: yo recelo se haya extraviado en la inmensa

extension de esta Ciudad.
Pero qué oygo? pasos suenan
en la galería... él es.
Para borrar las sospechas,
voy á fingirme dormido:
con eso creerá su Alteza
que yo aguardo á que despierte
y me llame... ya se acerca.

ESCENA II.

Dicho y Enrique.

Enriq. Maldita Ciudad! qué calles
tan largas, y quántas vueltas
tan incómodas.
Eduard. Y mas
para aquel que las pasea
de noche, y á pie.
Enriq. Juzgué
que nunca encontrar pudiera
mi Palacio; y para colmo
de desgracia, ni siquiera
llevaba para poder
tomar un coche.
Eduard. Su pena
me causa risa.
Enriq. En mi vida
olvidaré las escenas
de esta noche; precisado
á correr, como si fuera
un malhechor: extraviado
en tantas calles, que apenas
sé sus nombres... yo decia
á quantos hallaba en ellas,
decid, por dónde se va
á Palacio... buena fresca!
es Inglés, me respondian,
y no sabe tan siquiera
el Palacio de su Rey?
Eduard. Respondieron á su Alteza
con la misma urbanidad
que á todos en esta tierra.
Enriq. Quiénes serian dos hombres
embozados, que de cerca
me siguieron?
Eduard. Me parece
que los conozco.
Enriq. A la vuelta
de cada esquina, esperaba
que me hicieran la fineza
de despojarme, pero en fin,
ya se pasó la tormenta:
he llegado á mi Palacio,
y por mi puerta secreta
he venido hasta mi quarto
sin que ninguno me vea,
sino el criado que sabe
mis salidas.
Eduard. Y debieras
añadir el Italiano
que te acompañó en la mesa.
Enriq. Voy á quitarme este trage,
no sea que la Princesa
envie á saber de mí.
Maldito Page! me cierra
Va á entrar en su quarto, y repara en Eduardo.
el paso... y es Eduardo;
quanto mas miro sus señas,
encuentro mas fundamento
para afirmarme en que era
el propio Maestro Italiano.
Eduard. Al mirarme, sus sospechas
se acrecientan.
Enriq. No es posible
que entrar en mi quarto pueda
sin despertarle, qué haré?
Pero ay Dios! Clara se acerca:
ya soy perdido.

ESCENA III.

Dichos y Clara.

Clar. Eduardo!
y os dormís en esa pieza?
Eduard. Ay Miladi, perdonad,
esperaba que su Alteza
se levantase.
Clar. Cuidado,
que aviseis á la Princesa,
al punto que... mas qué veo!
Aparte viendo á Enrique.
Enriq. Ya me ha visto, y así es fuerza
llegar á hablarla.

Clar. Señor.
Con tal trage vuestra Alteza?
Enriq. Esto es, Miladi, porque...
yo no sé qué responderla. *Ap.*
Clar. Perdonad, me cause risa
vuestro disfraz.
Enriq. Por las señas,
esta ropa no os agrada;
mas sin embargo es muy buena
para el fin que me propongo.
Clar. Si atrevimiento no fuera,
preguntara...
Enriq. Me divierto
exerciendo las tareas
de jardinero, y así
estoy antes que amanezca
en mi jardin, ocupado
en plantar, podar... y es fuerza
llevar trage acomodado.
Clar. Ah mi Príncipe, qué honestas
diversiones: todo el Pueblo,
que algun dia vuestra Alteza
gobernara, debe darse
parabienes de que tenga
vuestra Alteza tan sencillos
placeres.
Enriq. Nunca pudiera
venir esa reflexîon *Ap.*
á peor tiempo... quisiera
saber quál es el motivo
de que Miladi me venga
á visitar á estas horas?
Clar. Mi Señora la Princesa,
sabiendo que habeis pasado
la noche entre las faenas
útiles á vuestra gloria,
me ha enviado porque anhela
saber de vuestra salud.
Enriq. Siempre mi esposa demuestra
su bondad y su cariño.
Clar. Yo tambien estaba inquieta
por saber de vos, Señor:
preciso es que vuestra Alteza
cuide mas de su salud,
y las noches tan siquiera
se entregue al descanso.
Enriq. Es cierto,
que la noche fue molesta,
aunque por distinta causa. *Ap.*
Clar. Señor, si me dais licencia,
os suplicaré un favor.
Enriq. Qué es?
Clar. Hay cierto Poeta,
de fama bien conocida,
que perseguido se encuentra
á causa de algunos versos,
que el vulgo necio interpreta
contra un hombre poderoso.
Enriq. Es un necio: Si escribiera
contra mi persona, nadie
le incomodara.
Clar. El os ruega,
por mi medio, le indulteis,
firmando su perdon.
Enriq. Venga,
es justo que sea indultado
en ocasion como esta.
Milady, ya estais servida.
Clar. Agradezco á vuestra Alteza
el favor.
Enriq. Yo me retiro.
Salí con mucha destreza *Ap.*
del apuro: nadie sabe
de mis aventuras.

ESCENA IV.

Clara y Eduardo.

Clar. Piensa
que me ha engañado. Eduardo,
deseán ver á su Alteza
un anciano y una jóven,
decid, que luego que venga
me aguarden en esta sala,
pues yo quiero por mí mesma
presenciarlos.

ESCENA V.

Eduardo solo.

Eduard. Bien está.
Bueno seria que fuera
el Capitan... y sin duda
vendrá á entregar á su Alteza
el relox... pero á qué fin
traer á Bety... quizás sea

para enseñarla el Palacio:
Segun por las apariencias
puedo juzgar, Ladi-Clara,
no sabe la aventura nuestra.
Pero cómo podré dar
esta sortija á su Alteza;
es fuerza hablar con el Conde,
y callar hasta que venga,
pues me mandó no me diese
por entendido, aunque viera
lo que viese. El Capitan
tendrá muy malas sospechas
de mi persona, al mirar
que falté de su presencia
tan de repente! Ya Bety
le habrá informado, por fuerza,
de que recibí el anillo.
Si tambien juzgará ella
que soy un infame..? No
es imposible que pueda
juzgar tan mal: yo conozco
su corazon... Gente suena:
sí, con efecto, ellos son.

ESCENA VI.

Dicho, Copp y Bety.

Bety. Ay tio, qué hermosas piezas!
Copp. Mejores que las de casa.
Ola! aquí un Page se encuentra;
vamos á ver si nos dice
quándo ha de salir su Alteza.
Eduard. Pretendeis hablar al Page?
Copp. Cabalmente.
Bety. Ay Dios, qué señas
tio...
Copp. Muchacha, qué tienes?
Eduard. Señorita, estais inquieta,
qué teneis?
Bety. Señor, no es nada.
Tio, la figura mesma
de Georgini... su voz...
Copp. Calla,
se le parece de veras,
pero no puede ser él.
Bety. Sin embargo, es tan perfecta
la semejanza, que el pecho
palpita.
Copp. Cómo: te acuerdas
de aquel bribon... recibir
un anillo, y dar la vuelta
sin despedirse de nadie.
Pícaro, si lo cogiera...
Eduard. Contra quién os enojais?
Copp. Ahi, es una friolera,
con un bribon de Italiano.
Bety. Que se os parece de veras.
Eduard. Muchas gracias, Señorita.
Bety. No digo quanto á las prendas,
sino en la figura.
Eduard. Ya.
Copp. Déxale que á casa vuelva
con su música y canciones,
yo le haré cantar.
Eduard. Quisiera
saber qué hizo ese hombre.
Copp. Qué hizo? una bagatela,
desaparecer llevando
un anillo, cuyas señas
son de ser robado.
Bety. Tio,
me haceis pasar una pena
increible; sospechais
de Georgini, que no vuelva
á casa con el anillo;
no es posible que cometa
tal infamia, aquel Georgini
de tan gallarda presencia,
tan amable...
Eduard. Ah dueño mio! *Ap.*
y cómo me lisongeas!
Copp. Querida, no admito chanzas
en semejantes materias:
como él me hubiese entregado
el anillo, yo le hubiera
buscado el dueño al momento.
El Capitan Copp, se precia
de hombre de bien... Votova!
Eduard. No voteis de esa manera
en Palacio.
Copp. Bien decís.
Mas vamos, saldrá su Alteza
pronto? pues tengo que hacer,
y no quiero en estas piezas
perder tiempo.

Eduard. Me parece
que ya viene.
Copp. Bueno fuera
que...
Eduard. No le podreis hablar:
Ladi-Clara se interesa
por vos, y os presentará.
Copp. Será una Señora bella,
y amable, que nos habló
en la primer sala?
Eduard. Esa:
podreis pasar á este quarto,
y aguardar hasta que venga.
Copp. No me hagais aguardar mucho:
sabed, que si yo á su Alteza
vengo á ver, no es por mi gusto.
Si mas cuidado tuviera,
y robar no se dexara
sus reloxes, no me viera
en precision de venir.
Bety. Vamos, quando tiempo sea
nos avisará el Señor.
Eduard. Asi es verdad.
Copp. Si volviera
á Palacio, mil demonios
me... lleven... mas tente lengua,
que en palacio no se jura.

ESCENA VII.

Eduardo.

Eduard. No le gustará á su Alteza
le vengan á restituir
el relox: mas prefiriera
que se quedasen con él:
pero el Príncipe se acerca.

ESCENA VIII.

Dicho y Enrique.

Enriq. Vino el Conde?
Eduard. No señor.
Enriq. Quánto deseo que venga
por vengarme! ya veremos
si su talento le muestra
salida.
Eduard. Aquí viene el Conde
con Milady-Clara.
Enriq. Ella
está demás, pues no puedo
explicarme en su presencia,
y es necesario fingir.

ESCENA IX.

Dichos, Conde y Clara.

Cond. Cómo pasó vuestra Alteza
la noche?
Enriq. Perfectamente,
aunque cansado. Ah traydor! *Ap.*
Clara. Yo juzgo que en la tarea
de anoche, os ayudaria
el Conde.
Cond. Cierta ocurrencia
hizo que me retirara.
Enriq. Sin avisarme, y me dexa
el peso de los negocios.
Cond. No dudo que vuestra Alteza
supo muy bien despacharlos
sin mi.
Enriq. Como se chancea *Ap.*
el infame. Yo te espero
para hablar de una materia
interesante á los tres.
Cond. En aquesta hora mesma
dexo á Londres.
Enriq. Dónde vais?
Cond. A mi Quinta, ya se acuerda
vuestra Alteza, de que ayer
le dixe que mi conciencia
me acusaba ciertas faltas,
y resarcirlas quisiera
con la vida solitaria.
Enriq. Buen proyecto, pero resta
que yo señale el lugar
del destino.
Cond. Está su Alteza
muy enojado conmigo...
Dentro Copp. Será cosa que nos tengan
toda la mañana aquí?
Enriq. Qué voz es esa que suena?
Clar. Ay Señor, son dos personas
que yo encontré en la primera
sala: supe que venian

para hablar á vuestra Alteza,
y como todos sabemos
que vuestra bondad da audiencia
á quantos vienen...

Enriq. Ahora
es iposible que pueda
escucharlos, Eduardo,
diles que á la tarde vuelvan.

Clar. Yo lo siento por la jóven.

Enriq. Qué es una jóven?

Clar. Y bella
como un ángel.

Enriq. Pues que veo
que los proteges, es fuerza
recibirlos: di que lleguen.

Eduard. Ya el Príncipe os da licencia.
Dirigiéndose hácia donde está Copp.

ESCENA X.

Dichos, Copp y Bety.

Copp. Ahora empiezo yo á turbarme,
y á no saber tan siquiera
decir esta boca es mia.

Enriq. Qué miro! Es Copp, y su bella
sobrina.

Copp. Ello es preciso
hablar; traygo mi arenga
estudiada, y no me acuerdo.

Bety. Qué teneis?

Copp. No puedo apenas
mirar á su Alteza el rostro.

Enriq. En esta graciosa escena *Ap.*
voy hacer un buen papel,
aunque te cause estrañeza
Aparte al Conde.
lo que vas á oir, escucha
y calla.

Cond. Si tú supieras
que lo sé mejor que nadie... *Ap.*

Clar. Vamos, hablad á su Alteza.

Enriq. Espero no me conozcan.

Bety. Hablad.

Copp. Ello será fuerza.

Clar. Cómo os llamais?

Copp. Copp me llamo,
y soy hijo de Inglaterra,
Capitan para serviros:
y esta jovencita bella
es Bety, sobrina mia,
y sin vanidad pudiera
presentarse en este puesto
como algunas se presentan
con gran lujo: digo, algunas
que no son tanto como ella.

Bety. Tio, si eso no es del caso.

Copp. Decís bien.

Bety. Hablad aprisa.

Copp. Sabed Milor...

Bety. Tio.

Copp. Ya..!
digo, que sepa vuestra Alteza,
que soy el Capitan Copp,
y tengo mi casa puesta,
donde vendo vinos; nunca
entra gente de sospecha
en mi casa; pero á veces,
sin que un hombre saber pueda
lo que allí pasa, sucede,
que algun briboncillo venga.
Esto me pasó ayer noche:
llegaron dos buenas pescas
vestidos de marineros,
ay, como yo los cogiera!
ellos eran muy alegres,
piden de beber, empiezan
á bromear, gastaron mucho,
y por remate de cuentas
pretenden brindar conmigo;
yo consentí con franqueza,
porque soy hombre de bien;
pero á la verdad, debiera
conocer en sus semblantes
su intencion, que no era buena.
El uno de ellos tenia
una sonrisa de aquellas
malignas... su edad seria
poco mas ó menos treinta
años, su talla era así.
Yo pintárosla quisiera.
Mira al Conde, se detiene, y despues dice á Bety.
Bety, los diablos me lleven
si no es el Señor.

Enriq. Ya empieza *Ap.*

á conocernos. En fin,
acabad ya vuestra arenga,
deciais...
Copp. No digo nada.
Quanto le miro mas cerca *Ap.*
es él.
Bety. Será necesario,
que yo hable: dadme licencia,
Señor; mi tio ha creido,
que á los pies de vuestra Alteza
debe exponer, que ayer noche
entraron en nuestra tienda
dos jóvenes marineros,
gastaron mas que pudieron
pagar, y al fin se escaparon,
dexando el uno por prendas
un relox de mucho precio,
que dicen que á vuestra Alteza
pertenece.
Copp. Lindamente!
lo que has hablado, de manera
que da gusto.
Bety. Así mi tio,
que de hombre de bien se precia,
viene á traer el relox.
Copp. O, Señor! nunca pudiera
hacer lo contrario. Vedle:
los bribonzuelos me quedan
á deber lo que gastaron,
y es diez y nueve guineas:
no digo esto porque yo
solicite que... el perderlas,
á Dios gracias, no me importa:
en fin, vuestra Alteza vea
el relox.
Enriq. Veré si es mio.
Copp. O, no tenga vuestra Alteza
duda alguna; anoche mismo
conoció todas sus señas...
Vaya, tengo cataratas, *Ap.*
ó es él, es él.
Bety. Qué extrañezas
haceis...
Copp. Dime que soy loco: *Ap. á Bety.*
llámame lo que tú quieras,
pero su Alteza es el otro
pícaro.
Bety. Mas, qué demencia! *Ap.*
Enriq. Con efecto, es mi relox.
Clar. Cómo, Señor.
Enriq. Se me acuerda
que me lo robaron.
Bety. Tio, *Ap. á su tio.*
con efecto se asemejan
mucho á aquellos dos bribones.
Copp. Chasco seria que fueran
ellos mismos.
Bety. No es posible.
Copp. Sin embargo, no te acuerdas
que contaron que de noche
gusta de salir su Alteza
disfrazado?
Bety. Ay Dios de mi alma,
si son ellos!
Enriq. Quál se quedan, *Ap. al Conde.*
confusos quanto mas miran
nuestros rostros.
Copp. A la enmienda, *Ap. con Bety.*
sobrina, no hay duda alguna,
son ellos.
Bety. Ya no nos queda
recurso.
Copp. Déxame á mí.
Señor, vea vuestra Alteza
Dirigiéndose al Príncipe.
que mi sobrina no supo
lo que dixo á vuestra Alteza,
porque los desconocidos
puede ser que quizá fueran
dos jóvenes muy honrados,
y ya sabe vuestra Alteza
que á veces engañar suele
la vista, pues vuestra Alteza
conoce que hay mil engaños;
y además de eso, por prueba
de que eran hombres de bien,
tenian unas presencias
muy gallardas: además,
ya conoce vuestra Alteza,
que de noche fácilmente
se puede engañar qualquiera.
O si yo hubiese sabido
que tenia..! vuestra Alteza
se puede informar de mí,
porque yo... porque... qué arenga
Aparte á Bety.

tan apropósito.

Clar. Sí,
yo soy de la opinion vuestra,
quando mucho mas serian
dos jóvenes calaberas.

Enriq. No señora: los dos son
culpables: ya el uno queda
bien castigado, y el otro
en esta mañana mesma
lo será. Capitan Copp,
sé quanto en la casa vuestra
pasó anoche: no se habló
de Rochester?

Copp. Esta es buena! *Ap.*
Señor, yo hablé mucho y malo
del Conde.

Cond. Pero qué pruebas
teneis de lo que dixisteis?
Conoceis?

Copp. Si no le hubiera
conocido no hablaria.
Vamos, que por ahí á fuera
todo el mundo habla muy mal
del Conde, mas ser pudiera
un engaño.

Enriq. No lo es.
Dixisteis que Bety era
su sobrina, os desdecís?

Copp. Delante de vuestra Alteza
lo sostengo, y soy capaz
de probarlo quando quieran.
Niña, haz la cortesía,
que hablamos de tí.

Enriq. Pues de ella
se encarga el Conde Rochester,
proporcionando la tenga
un esposo, que...

Cond. Señor,
las miras de vuestra Alteza
ha prevenido ella misma.

Copp. Señor, sea lo que quiera,
yo no cedo á mi sobrina.

Enriq. Yo sé que la galantea
un cierto Maestro Italiano,
pero me opongo á que sea
su esposo, pues recibió
mi anillo, y quando fuera
razon que lo devolviese,
como el Capitan mi muestra,
no lo hace.

Copp. Sí, bien digo
que es un bribon.

Bety. Yo estoy cierta,
Señor, que os devolverá
vuestro anillo.

Eduard. Solo espera
un momento favorable:
y puesto á las plantas vuestras
os devuelve vuestro anillo.

Enriq. Ola, Eduardo, que tú eras;
ahora no me admiro ya
de que fuese tan perfecta
la semejanza que hallé.

Copp. Con que este es el de la arenga,
porque... parche... Ah, ah, ah.
Vaya que la cosa esta
es de mágia.

Enriq. Ya Miladi,
es en vano que esta escena
os oculte.

Clar. Yo la supe
primero que vuestra Alteza,
pues fuí del proyecto.

Enriq. Cómo!

Clar. Mi Señora la Princesa
lo supo.

Cond. A no ser por su órden,
cómo atreverme pudiera
á chasquearos.

Enriq. Sin embargo
no disminuye la ofensa;
me hicisteis pasar dos horas
muy crueles.

Cond. Ya me pesa.

Enriq. Me expusisteis á mil riesgos,
viniendo solo por esas
calles.

Cond. Y los embozados
que os seguian?

Enriq. Quiénes eran.

Cond. Era un Oficial de Guardias,
y yo.

Enriq. Con todo, no creas
que te conceda el perdon.

Clar. Ya le firmó vuestra Alteza.
Ah Miladi! ya adivino

lo que á una accion como esta
os obliga.
Cond. Creed, Señor,
que si alguna cosa fuera
capaz de darme consuelo,
el dia que vuestra Alteza
se juzga de mí ofendido,
seria la lisongera
esperanza de lograr
su mano, y la feliz nueva
de encontrar á mi sobrina.
Copp. Con que sois segun las señas!..
Cond. Aquel malvado Rochester,
querida sobrina, espera
que á mi lado...
Copp. Poco á poco:
yo beso á vuestra grandeza
las manos; pero en mi casa
la crié desde pequeña;
tambien soy su tio; en fin,
me la llevo.
Enriq. En hora buena;
pero creo consentirás...
Copp. En qué, Señor?
Enriq. En que sea
esposa de este, á quien hago
Capitan, para que pueda
casarse.
Eduard. Tantos favores...
Copp. Eso es cosa muy diversa:
casándose, nada digo.
Enriq. Capitan, bien se me acuerda
de que soy vuestro deudor;
tomad mi relox, en prueba
de que os estimo; y á todos
encargo nada se sepa
de esta aventura: por mí
os juro, que tales penas
me ha causado, y tales sustos,
que por mas que me diviertan
semejantes aventuras,
esta será la postrera.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1817.